

Séptimas Jornadas de Medio Oriente

La política exterior de Benito Mussolini y sus repercusiones internas.

Prof. Daniel Argemiⁱ.

Prof. Javier Luchettiⁱⁱ.

Introducción.

Al analizar las relaciones internacionales, siempre es necesario contextualizar la época y el marco histórico del objeto del estudio. Por ello se hace necesario aclarar que la política exterior del gobierno de Benito Mussolini en Italia, presenta aristas muy diferentes a las potencias de la época, sobre todo para tratar de entender las causas de su renovado espíritu imperialista, principalmente en los territorios donde se desarrolla.

Durante la Primera Guerra Mundial, Italia perdió cientos de miles de muertos, junto con la ruina económica, más el aumento del desempleo como consecuencia de la desmovilización de los que se encontraban en las fuerzas armadas. A esto se suma la baja de los salarios, y la bancarrota estatal. Luego de la conflagración y en el marco del estancamiento de la economía mundial de los años '30, cuando parece que las grandes potencias como Francia y Gran Bretaña, buscan frenar la expansión territorial, el estado fascista se propone incorporar colonias. Antes de la guerra ya existían movimientos de derecha que estaban a favor del nacionalismo, eran antiliberales, antidemocráticos y, antiproletarios, sin embargo, no triunfaron en países en donde los gobiernos siguieron conservando su influencia y el poder, pero sí lo hicieron en lugares donde existía “un estado caduco cuyos mecanismos de gobierno no funcionaran correctamente; una masa de ciudadanos desencantados y descontentos que no supieran en quién confiar; unos movimientos socialistas fuertes que amenazasen –o así lo pareciera- con la revolución social, pero que no estaban en situación de realizarla; y un resentimiento nacionalista contra los tratados de paz de 1918-1920”ⁱⁱⁱ.

Para comenzar a plantear la cuestión, vamos a recurrir a David Fieldhouse, un investigador reconocido en el tema del imperialismo, donde encontramos la afirmación que durante la época, ningún estado colonialista pensaba en la emancipación de sus colonias, pero tampoco deseaba ocupar más territorios^{iv}. Es más, el gobierno colonial parecía consolidado desde el punto de vista administrativo y económico. Pero, sin perjuicio de esta afirmación, entre 1931 y 1945, los estados de Alemania e Italia comenzaron un período de expansión imperial que no se guiaba tanto por criterios económicos, sino que tenía fuertes contenidos ideológicos y políticos. En el caso del Reino de Italia, por ser el más débil de los dos casos citados, reanudó sus antiguas ambiciones sobre la construcción del imperio romano en el nordeste de África, al atacar al Imperio de Etiopía entre 1935-36. También busca, por otra parte, vengar la derrota que a fines del siglo XIX, habían recibido los ejércitos italianos al intentar lo mismo.

Por otro lado, Vicens Vives, expone que el fascismo italiano siempre había sido muy celoso del prestigio del Estado en el extranjero^v. Por eso desde 1922, su política

Séptimas Jornadas de Medio Oriente

exterior se fundamentaba en la confrontación verbal y diplomática, con los circunstanciales oponentes. Esta manera de actuar, era utilizada internamente, en las concentraciones masivas, donde se realizaba una puesta en escena de estos logros, para mostrar una moral combativa buscando emular al imperio romano movilizándolo a las capas medias y bajas: “La principal diferencia entre la derecha fascista y la no fascista era que la primera movilizaba a las masas desde abajo. Pertenecía a la era de la política democrática y popular que los reaccionarios tradicionales rechazaban y que los paladines del ‘estado orgánico’ intentaban sobrepasar. El fascismo se complacía en las movilizaciones de masas, y las conservó simbólicamente, como una forma de escenografía política”^{vi}.

Pero la expansión territorial, se fundaba en una serie de territorios desérticos en Libia, Eritrea y Somalia, que poco aportaban al desarrollo material del país. En su análisis del contexto internacional, apunta a demostrar que este accionar de Mussolini se encuentra beneficiado por la coyuntura, que contribuye a llevar adelante esa política. La acción conjunta con las potencias occidentales contra Alemania, primero y luego la alianza junto a esta última contra los ingleses y franceses, fue la llave maestra para el desarrollo del imperialismo italiano.

Es decir que la hipótesis sobre la que trabajamos, está centrada en las afirmaciones de los dos autores citados, que sostienen que el desarrollo imperialista italiano está basado en cuestiones de necesidades políticas e ideológicas del régimen, dentro de una política exterior fundamentalmente pragmática. Como no desarrollan un fundamento de estas afirmaciones en las obras citadas, buscamos en otros autores para ver, desde otras posturas historiográficas, cómo se plantea la cuestión para aceptar o refutar la hipótesis elaborada anteriormente.

Distintos análisis sobre la política exterior fascista.

Cuando se comienza a buscar en los distintos autores, tratando de armar un marco general del proceso, se encuentra según Parker^{vii}, la falta de cumplimiento del Tratado de Londres de 1915, lo que provoca el desprestigio del gobierno frente de los distintos grupos nacionalistas. Vale recordar que en el mismo se promete a Italia la ciudad de Fiume, una parte de Dalmacia y la península de Istria, que eran parte del Imperio de Austria-Hungría, a cambio de su participación en la Gran Guerra, al lado de la Triple Entente, y en contra de sus antiguos aliados de la Triple Alianza. Pero al terminar el conflicto, los Estados Unidos se oponen a esto y hacia 1920, Francia y Gran Bretaña dejan de apoyar las reclamaciones italianas.

Por otra parte, el grueso de los socialistas, siempre consideraba a la participación en la Primera Guerra, no por una verdadera amenaza exterior, sino como un hecho impuesto por pequeños grupos que se beneficiaron por ello. La situación comienza a solucionarse en noviembre de 1920, mediante el Tratado de Rapallo, negociado directamente entre los Reinos de Italia y de Yugoslavia, en donde se decide que la

Séptimas Jornadas de Medio Oriente

región de Istria, sea italiana y la región de Dalmacia, sea yugoslava. La ciudad de Trieste o Fiume, quedaba con un régimen especial o de ciudad libre.

Desde el comienzo, el régimen fascista de Benito Mussolini, adoptó una política exterior muy vehemente en sus expresiones verbales, sobre asuntos importantes para Italia. Con ello buscaba hacer pesar el prestigio y la grandeza de su país en el concierto de las naciones y en el interior, obtener el apoyo popular, sobre todo porque la mayoría de la población estaba desencantada por el resultado de la participación italiana durante la Gran Guerra. Pero, el estado fascista se vio siempre sobrepasado por los acontecimientos, antes que tener una política exterior coherente y planificada.

Durante el período 1918 a 1930, la política exterior se ve afectada por las determinaciones de Gran Bretaña y de Francia, aunque en 1923, Mussolini se embarca en la invasión a la isla de Corfú, por el conflicto con el Reino de Grecia, a lo que se suma su intervención por cuestiones de intereses en Albania en 1924, y ocupa la ciudad de Trieste, incorporándola a Italia^{viii}. Sus acciones sirven más para satisfacer su prestigio interiormente, que para ocupar un lugar de peso en el contexto europeo, además, estas actividades fueron permitidas por franceses y británicos, pero otros intentos en el norte de África o en Turquía, no fueron aceptados y abortaron. Sin embargo a partir de 1930, la situación cambia. La crisis económica mundial y las diferencias y rivalidades que surgen entre Gran Bretaña, Francia y la renovada Alemania, dan espacio al “sueño de grandeza” italiana. Comienza a buscar una influencia preponderante en Europa Sudoriental, aliándose con Austria y Hungría para conseguir la hegemonía en el Mediterráneo oriental y expandirse en África. Pero, la realidad marca que la capacidad industrial era muy pequeña, y la producción de insumos para afrontar un esfuerzo bélico era muy limitada. Por eso se apoyaba en el aprovechamiento de las oportunidades que la política internacional presentara^{ix}.

En 1933, se firma el Pacto de las Cuatro Potencias, que compromete a Gran Bretaña, Francia, Alemania e Italia a colaborar para desalentar la carrera armamentista y presionar a otros estados a realizar negociaciones pacíficas para resolver los conflictos. El proyecto fue presentado por el mismo Mussolini y aceptado por los otros gobiernos. Dos años después, la decisión alemana de crear una fuerza aérea e implementar el servicio militar obligatorio, sumado a los avances nazis en Austria, marca la necesidad de implementar una acción común por parte de Gran Bretaña, Francia e Italia. Representantes de ellos se reúnen en la localidad de Stresa y establecen el marco de esa cooperación.

Mientras ello sucede, en África comienza una disputa territorial entre la Somalia italiana y el Imperio de Etiopía. Este último era un territorio libre, aislado y sobre el que ninguna potencia europea reclamaba influencia, por tanto, era apto para ser incorporado al imperio italiano. Mussolini buscaba que Francia y Gran Bretaña respaldaran las acciones de conquista en Abisinia, como la llamaban los italianos, a cambio de su apoyo en Europa contra el resurgimiento alemán. Todo intento de negociación pacífica entre

Séptimas Jornadas de Medio Oriente

etíopes e italianos fracasa, y en octubre de 1935 desde Somalia y desde Eritrea comienza la invasión. El 7 de octubre, el Consejo de la Sociedad de las Naciones, establece que Italia es un agresor en una guerra no justificada y lo sanciona económicamente con un embargo sobre la exportación de armas y otros insumos no esenciales. El organismo internacional dilata la entrada en vigencia de las medidas. Mientras esto ocurre, las tropas italianas van ocupando lentamente el territorio y derrotan a las unidades etíopes. El 2 de mayo de 1936, el emperador etíope huye del país y el día 9, el rey de Italia es coronado como nuevo emperador de Abisinia. Las sanciones fueron oficialmente levantadas en julio. Alemania, mientras tanto había mantenido normalmente su comercio con Italia durante toda la crisis, lo que acerca al régimen fascista a ese país y lo aleja del frente de Stresa.

La posterior firma del Pacto de Acero con Alemania, había cambiado la política exterior fascista, provocando el desinterés sobre la suerte de Austria. La Guerra Civil en España, permite un nuevo espacio para el accionar de Mussolini. En noviembre de 1936 Italia y Alemania reconocen diplomática al gobierno de Franco como el único legítimo en España. Unos pocos días después, además de armamento y material, comienza la llegada de militares y milicias fascistas a España. El apoyo militar y económico al bando nacionalista de Franco, le permite instalar bases en Mallorca, y con ello el comienzo de la influencia en el Mediterráneo occidental, para aislar a Francia.

Otro autor que aporta desde otra perspectiva, Pierre Renouvin, en un clásico sobre relaciones internacionales, explica que luego de la Gran Guerra, la política exterior italiana buscó desempeñar un papel dominante en la zona balcánica y del Mediterráneo Oriental^x. Con ello se buscaba establecer el control sobre el mar Adriático, para eso era necesario solucionar los problemas limítrofes con el Reino de Yugoslavia y mantener una posición privilegiada en Albania, para controlar el canal de Otranto, es decir la entrada a dicho mar. Hay razones económicas, pero las principales motivaciones son políticas y estratégicas. En 1924, se soluciona la cuestión de límites en Fiume, quedando la ciudad para los italianos y el resto para los yugoslavos.

También hay permanentes fricciones por las cuestiones albanesas, pues los Reinos de Grecia y de Yugoslavia ambicionan ocupar distintos territorios de ese país. La constante intervención fascista, ayuda a que el grupo del musulmán Ahmed Zogú ocupe finalmente el poder en 1926, y se transforme en un aliado permanente. Esto preocupa seriamente al gobierno yugoslavo, que en 1927 firma un tratado defensivo con Francia. La contestación italiana es un acuerdo con el gobierno albanés para una coordinación permanente de la política exterior de ambos. A todo esto se suma la prensa italiana, que destaca constantemente los conflictos políticos y religiosos de croatas y serbios, resaltando la inviabilidad de ese Reino y la necesidad italiana de ocupar la costa dalmata para obtener la seguridad definitiva.

Por ello, la acción diplomática fascista busca mantener excelentes relaciones con Hungría, Rumania y sobre todo Bulgaria, como enemigos potenciales de Yugoslavia.

Séptimas Jornadas de Medio Oriente

Pero en realidad, la posibilidad de ocupar territorios en Europa se vuelve cada vez más difícil, aunque cada conflicto regional de los Balcanes, requería una conferencia internacional donde las grandes potencias (entre ellas Italia) buscaban solucionar la cuestión. En el caso de Grecia, la cuestión de Corfú y la ocupación de las islas del Dodecaneso en el mar Egeo, luego de la Guerra contra el Imperio Otomano en 1911-12, sumado a las cuestiones albanesas, las relaciones eran tensas. Pero en 1928, se logra el compromiso griego de permanecer neutral en caso de una agresión no provocada a Italia.

En el continente africano había territorios en manos italianas, en Libia y en Somalia; en el primer caso las fricciones por la expansión territorial se daban con Francia, sólidamente instalada en Argelia y en Túnez; en el segundo caso se afectaban intereses de Gran Bretaña y del Imperio de Etiopía^{xi}. El fascismo comienza a ver que las colonias de Eritrea y Somalia pueden constituir un centro de expansión política y económica hacia Etiopía, o Abisinia según los italianos, por las materias primas que pueden obtener para su economía y una salida para la emigración de población rural marginada. Pero también, al ocupar gran parte del Africa Oriental, se obtenía una posición de privilegio sobre una de las rutas marítimas de más tráfico en el mundo, la región Canal de Suez y el Mar Rojo. En esta línea se da el tratado firmado en 1926, entre el rey del Yemen y el Reino de Italia, para realizar inversiones y proporcionar material y personal técnico.

La construcción de un ferrocarril que una las dos colonias italianas, a través de territorio etíope, es resistida por el gobierno de ese país, que da preferencia a las inversiones americanas e importa mercancías japonesas. Los círculos financieros italianos protestan, sobre todo invocando el tratado de 1906, firmado por Francia, Gran Bretaña e Italia sobre las zonas de influencia reconocidas en el Imperio Etíope. En septiembre de 1923, este país es miembro pleno de la Sociedad de las Naciones, pero las grandes potencias continúan con su actividad de “influencia económica”, basados en la duda de si el gobierno ejercía su poder en todo el territorio y si su organización social se fundamentaba en la esclavitud, o en un régimen muy parecido.

El ministro de colonias italiano, general De Bono, comienza en 1932 a buscar la solución por la fuerza, si es necesario, en un plazo no mayor de tres años; para ello desarrolla un plan militar de operaciones, y sucesivos contingentes de tropas llegan a la región hasta totalizar 100.000 hombres. En Eritrea, se construyen nuevas instalaciones portuarias, nuevas carreteras y se extiende la red ferroviaria. En 1934, un incidente en un oasis en la imprecisa frontera de Etiopía y Somalia, provoca una crisis, que es aprovechada por el fascismo para desencadenar la ocupación militar de Abisinia. Gran Bretaña, siente amenazada su presencia en Egipto y a la ruta marítima hacia Oriente, mientras que Francia, se siente amenazada en sus intereses económicos, pues la línea ferroviaria Djibuti-Addis Abeba, beneficia su comercio.

Séptimas Jornadas de Medio Oriente

La rápida victoria italiana y la política de la Alemania nazi, imponen a Francia y a Gran Bretaña, la necesidad de llegar a un entendimiento con Mussolini, tolerando y/o consintiendo por omisión, esta acción militar. Si bien las tropas etíopes opusieron resistencia, y aunque Italia se expuso a sanciones bastante leves de la Sociedad de las Naciones, los italianos ganaron la partida, y se suspendieron las sanciones contra Italia. Después de 1936, las acciones diplomáticas se relacionan con las causas de la Segunda Guerra Mundial.

Por su parte una mirada de conjunto sobre el tema es aportada por Paul Kennedy, quien sostiene que luego de la Gran Guerra, se mantienen en la mentalidad colectiva las imágenes de la destrucción masiva, el hambre, las epidemias y el horror de las matanzas inútiles^{xii}. Además, la gente siente la falta de los beneficios prometidos por los políticos, se ven los veteranos de guerra lisiados y a las viudas, sumado a los trastornos económicos de los años veinte, la ruptura de las relaciones sociales y la pérdida de la fe en el futuro. Esto se nota más en las democracias occidentales.

En el continente europeo hay miles de veteranos de guerra, que cansados del desempleo, la inflación y el predominio burgués, comienzan a rescatar lo positivo de la situación anterior. Esto es más notable en las naciones derrotadas como Alemania y Hungría, además de la vencedora Italia, que es la insatisfecha en cuanto a las promesas recibidas. Los valores marciales, la camaradería de los guerreros y la emoción de la violencia y la acción, son rescatados por movimientos fascistas, sumados a los de orden y disciplina, la gloria nacional, el culpar de los males actuales a los judíos y a los bolcheviques, achacando la falta de progreso a los intelectuales decadentes y a las satisfechas clases medias. Tenían un gran atractivo la presentación de la lucha por los ideales, la fuerza como orden y el heroísmo como compromiso social.

Más adelante analiza las condiciones en que se encontraba Italia para enfrenar el desafío que representaba la política exterior fascista, ya que del segundo plano en que se encontraba durante los años veinte, ahora era un país tenido en la consideración de todos ante cualquier cuestión internacional. Fue una de las naciones garantes del tratado de Locarno, en 1925; también del acuerdo de Munich, en 1938. El primero para frenar la expansión alemana y el segundo para justificarla. La política exterior es tan cambiante que primero envía tropas al Brennero, en 1934 para disuadir a Hitler de ocupar Austria y firma el acuerdo antialemán de Stresa, en 1935. Para los países occidentales, Mussolini podría convertirse en un aliado confiable evitando pedir ayuda a la Unión Soviética para contener a Hitler. Pero la invasión a Abisinia provoca un cambio de ejes que llevan a firmar el Pacto de Hierro, con los antiguos enemigos^{xiii}.

La economía italiana se desarrollaba al incorporar tierras a la producción, al desecar pantanos en la zona pontina, al construir represas hidroeléctricas y al mejorar el sistema ferroviario. Las industrias químicas, la fabricación de fibras sintéticas, la industria automotriz y la aeronáutica, que consiguió tantos récords de velocidad y altura en esa época, eran los ejemplos destacados. Durante los años treinta hay un creciente

Séptimas Jornadas de Medio Oriente

gasto en armamentos, pues el régimen cree en la fuerza y en la conquista, como medios de fortalecimiento del país^{xiv}.

Pero detrás de todo esto, la verdad era que la economía italiana estaba semi desarrollada. La renta per cápita en el Norte era un 20% por encima de la media nacional, y la del Sur un 30% por debajo de la misma. El producto bruto interno creció aproximadamente un 2% anual, durante el mismo período. Esto no ayudaba a generar un pleno empleo, siempre había desocupados en las ciudades. La agricultura en pequeña escala representaba el 40% de Producto Nacional Bruto y absorbía al 50% de la población trabajadora total. El fascismo no hizo más que agudizar esta situación al apoyar la reducción de importaciones de alimentos, al controlar y fomentar el mercado interno del trigo, al incorporar nuevas tierras y al imponer aranceles protectores, sumados la exaltación de la vida rural y a la intención de impedir que la población rural migrase a las ciudades. Todo esto generó un fuerte subempleo en el campo, sumado a la baja productividad, al analfabetismo y al aumento de las disparidades regionales.

Faltaba capital nacional, pues no había ahorro interno en cantidad suficiente. Solamente el Estado con sus demandas de aviones, camiones y otros bienes activaba ciertas ramas de la industria, pero la autarquía económica buscada no beneficiaba a la economía en su conjunto^{xv}. El proteccionismo beneficiaba a la producción ineficiente, económicamente hablando, impidiendo la entrada de capitales extranjeros. La dependencia de insumos externos, tales como fertilizantes, carbón, petróleo, chatarra, caucho, cobre y otras materias primas, era imposible de solucionar, teniendo en cuenta que el 80% de los mismos llegaba por el Estrecho de Gibraltar o por el Canal de Suez. La crónica falta de divisas de la economía italiana, por su no muy significativo comercio exterior, explica la falta de compra de máquinas y herramientas importadas, para incorporar nuevas tecnologías a la producción de nuevos aviones, tanques, barcos de guerra, etc. y a la falta de reservas de materiales estratégicos.

Todo ayuda a entender que la tecnología bélica no era todo lo eficiente y confiable que parecía. Hacia 1935, los aviones de la Regia Aeronáutica, probados en las campañas de Abisinia y posteriormente en la Guerra Civil Española, comienzan a ser superados por los nuevos modelos de cazas monoplanos y bombarderos británicos y alemanes. Los tanques con armamento ligero son superados por los últimos modelos franceses y rusos con armamento pesado. En resumen, su rearme era muy apresurado y su armamento caía rápidamente en desuso, además no se construyeron portaaviones. El factor clave para solucionar esta cuestión era la aplicación de la ciencia y la tecnología en la evolución de los sistemas militares, pero las fuerzas italianas no contaban siquiera con sistemas de radar, sonar y comunicaciones actualizados. Entre los años 1935 y 1937, hay un aumento en los gastos de defensa, pero está más ligado a mantener las operaciones militares en Abisinia y en España, que a modernizar y mejorar sus capacidades bélicas. Esto aumentó la necesidad de insumos importados, lo que repercutió grandemente en la existencia de reservas de divisas, por ello el Banco de Italia, no tenía casi ninguna, en 1939. El Ejército por su parte, aumentó sus divisiones

Séptimas Jornadas de Medio Oriente

en un 50 %, pero redujo de tres a dos el número de regimientos en cada una de ellas. Surgió la necesidad de nuevos oficiales y suboficiales, dándose promociones rápidas y falta de personal calificado. La Marina, si bien tenía grandes buques, no había desarrollado una cadena de mando integrada y no contaba con equipos adecuados que sí tenían sus potenciales enemigos.

Sin embargo, la capacidad real había sido exagerada o desconocida por parte de Gran Bretaña, Francia y Alemania, pues los dos primeros buscaron mantener buenas relaciones con el fascismo, sobre todo entre 1934 y 1935, teniendo en cuenta la amenaza alemana, la actitud estadounidense y la desconfianza natural a la Unión Soviética. Los intentos de restaurar el Imperio Romano desembocan en la expansión territorial en Abisinia, que es condenada ante la opinión pública y tolerada en las relaciones diplomáticas. Además, Japón en Oriente y Alemania en Europa, miran la reacción de la Sociedad de la Naciones y de las potencias occidentales para plantear su “revisiónismo” territorial. La rápida victoria militar y la expansión sobre el Mediterráneo Occidental por la participación de tropas italianas en España, no hace más que endurecer la posición francesa. La desconfianza inglesa aumenta y la opinión pública comienza a criticar, duramente las acciones fascistas. Entonces se produce el acercamiento entre Hitler y Mussolini que llega a la alianza política y militar^{xvi}.

El último autor consultado, desde una visión más puntual, Roland Sarti^{xvii} sostiene que la Confederación General de la Industria Italiana demostró siempre que los industriales italianos estaban mucho más interesados por la política económica y social interna, que por las grandes directrices de la política exterior. No había una relación especial del sector con el fascismo, sino relaciones personales entre miembros del partido y grandes industriales, a pesar de que finalmente es reconocida como la representante oficial del sector ante los organismos públicos; porque anteriormente había demostrado falta de oposición y hasta simpatía con Mussolini. También especula sobre el convencimiento de sus miembros de poder “usar al gobierno fascista”. Pero siempre la corporación fue recelosa de su autonomía y de sus actividades, buscando la menor interferencia posible en sus actividades. Todo esto se mantuvo, casi sin alteraciones, hasta la crisis mundial de los años 30.

La industria cuidaba su mercado interno, pero relacionaba su actitud hacia lo extranjero, a la necesidad de la importación de materias primas e insumos, sin los cuales la actividad era impracticable. El creciente fervor nacionalista, ante los acontecimientos internacionales y la situación interna, sobre todo por el fortalecimiento político de la figura de Mussolini, los induce a un apoyo total a la autarquía usada como bandera fascista, como la mejor manera de defender sus intereses, ya que en el sistema corporativo cada grupo de intereses tiene su papel asegurado. Apoyar una política imperialista implicaba abrir la puerta a la movilidad social y a la competencia económica, y a tener que volverse eficientes, por la necesidad del Estado de optimizar los recursos ante situaciones de crisis o de guerra.

Séptimas Jornadas de Medio Oriente

Sin embargo, para la mayoría de la gente común, la cuestión de Abisinia era un ajuste de diferencias coloniales con las grandes potencias, además del cumplimiento del mandato de la misión civilizadora sobre un pueblo bárbaro, aunque para la Confederación representaba un peligro. Pero la crisis mundial, había puesto en dificultades a los industriales que solamente fueron resueltas con la ayuda del Estado a través de protección arancelaria e incentivos económicos^{xviii}. A esto se suma, durante los años de 1935 y 1936, las sanciones de la Sociedad de las Naciones, además del estancamiento del comercio internacional en toda la década. Otros elementos de presión son la prosperidad de la empresa pública y el expansionismo político, que eran dos nuevos desafíos que amenazaban con violentar la relación ya establecida entre las empresas privadas y el régimen^{xix}.

Todo esto demuestra que los industriales actuaron por reacción a los acontecimientos y que carecieron de iniciativas en las cuestiones extranjeras. Pero además, las decisiones de comenzar la guerra contra Etiopía, la alianza estratégica con Alemania, la intervención en la Guerra Civil Española y la participación en la Segunda Guerra Mundial, fueron tomadas por Mussolini y sus consejeros políticos más próximos. Es decir que su política exterior no tiene relación con la realidad económica interna. Sin perjuicio de todo lo anterior, la industria se benefició con la política de rearme y de expansión territorial desplegadas por el gobierno. Al buscar negocios y ganancias, los carteles industriales y las empresas aprovechaban cualquier oportunidad de expansión en el extranjero. Por ejemplo en el caso de Abisinia, a los pocos meses de la ocupación de país, ya habían comenzado a operar alrededor de 800 empresas italianas organizadas en 17 carteles. Pero a largo plazo, no parecía tan conveniente arriesgar la autarquía por la expansión en el extranjero. Es decir el beneficio no justificaba en costo. Pero la debilidad de la economía italiana, sumada a la crisis económica mundial, puso a los industriales en el lugar que Mussolini quería, débiles y sumamente dependientes del Estado^{xx}.

Comentarios finales.

Generalmente cuando uno piensa en la política exterior de un Estado, casi siempre supone una línea estratégica de acción coherente y durable en el tiempo, relacionada con los intereses internos del país y en cuanto a los intereses externos, actuando acorde a las relaciones internacionales de la época, siendo su táctica contrastada permanentemente con las situaciones coyunturales. Si uno se refiere a una potencia en expansión, sin duda supone todo lo anterior, y le agrega una economía floreciente, capaz de mantener con recursos esa actitud; sumada a una fuerza militar poderosa y pronta a materializar cualquier amenaza expresada por ese país; y para terminar, contar con un sector numeroso de la población, que orgullosa de esa política, está dispuesta para apoyarla.

En el caso de Italia, durante la época del régimen fascista, estos supuestos son claramente vulnerados, de acuerdo a lo expresado por los distintos autores consultados.

Séptimas Jornadas de Medio Oriente

La política exterior italiana, busca un reconocimiento de los acuerdos firmados al momento de comenzar la Gran Guerra, pero la actitud de las grandes potencias es contraria a ello, solamente aceptan una serie de ajustes de fronteras en zonas coloniales. Por eso, al asumir Mussolini, comenzará la búsqueda de imponer su figura y el peso de Italia en la comunidad internacional, pero fundado principalmente en su visión particular de la realidad, ayudado también por la debilidad de las democracias liberales (paradójicamente, los vencedores de la Primera Guerra Mundial), incapaces de articular una visión común por ineptitud o desconfianza mutua. Entonces, pone en marcha una serie de acciones oportunistas en la Europa Balcánica, sobre Hungría, Rumania y Bulgaria, buscando aislar al Reino de Yugoslavia, por un lado; y por el otro, para expandirse por el Mediterráneo Oriental buscando el control del Mar Adriático y del Canal de Otranto, por eso, sus acciones tácticas sobre el Reino de Grecia y las intervenciones en Albania^{xxi}.

A pesar de las claras diferencias de intereses con Gran Bretaña y sobre todo, con Francia, tratará de encontrar intereses comunes y no desafiarlos abiertamente, sobre todo después de la crisis mundial de los años 30. Las propuestas, como la de las Cuatro Grandes Potencias de 1933 y sobre todo, el Acuerdo de Stresa de 1935, muestran los claros límites a esa línea de política exterior. La aventura militar en Abisinia y la intervención en la Guerra Civil española, además de las sanciones de la Sociedad de las Naciones, que son más declamativas que prácticas, ponen de manifiesto que las rivalidades son muy profundas. Entonces, desde 1936, queda claro que la alianza estratégica con Alemania es el camino a seguir, a pesar de las dificultades que ello implica. Es decir que la política exterior fascista es sumamente pragmática, la táctica está por encima de la estrategia.

La economía italiana, si bien tiene un crecimiento del Producto Bruto Interno, presenta profundas disparidades regionales. Pero su desarrollo industrial, sobre todo en la fabricación de fibras sintéticas, en los sectores electroquímicos, automotriz y aeronáutico, ligado fundamentalmente al mercado interno y cerrado, no incorpora tecnología y es profundamente dependiente de materias primas e insumos extranjeros, algunos ejemplos son el carbón, los fertilizantes, el petróleo, etc.. La planificación centralizada de la economía y el modelo corporativista, permiten la existencia de carteles industriales que no tienen que competir entre sí. La política del Estado, en el sector agrícola generó minifundios ineficientes en sentido capitalista, pero que abastecían al mercado. La crisis económica mundial le dio al gobierno un peso mayor en el manejo macroeconómico, referido a la tenencia de divisas extranjeras y al manejo de políticas de aliento y protección, pero eran soluciones a corto plazo e incapaces de modificar la situación. Es decir, la economía en su conjunto era incapaz de mantener una expansión en el exterior a largo plazo.

Las Fuerzas Armadas, a pesar del gasto dedicado por el Estado, y de la preparación realizada en casi dos décadas, no contaba con los adelantos tecnológicos de la calidad que poseían las potencias que podían ser sus oponentes. A pesar de ser

Séptimas Jornadas de Medio Oriente

numerosas, presentan una serie de debilidades, que en una guerra a largo plazo, pueden provocar la derrota. Es decir, está en condiciones de enfrentar exitosas aventuras como las de Etiopía o España, pero difícilmente pueda enfrentar a fuerzas regulares bien equipadas. Carece de una organización de sus mandos y sus formaciones son pequeñas, en comparación con las inglesas, francesas y alemanas. Sus armamentos carecen de poder de fuego, confiabilidad y eficacia. Sus maniobras y sus desfiles impresionaban, pero en el campo de batalla no eran la herramienta que una política exterior en expansión requiere para ser una gran potencia.

Luego de la Primera Guerra Mundial, hay una mentalidad colectiva que tiene presente el hambre, las epidemias, las horribles matanzas durante el conflicto y las imágenes de la destrucción masiva. A esto se agrega el sentimiento de traición que tiene parte de la población sobre la actitud de los aliados con Italia al incumplir las promesas. Pero otros sectores sienten que esa injusta guerra les fue impuesta desde el exterior. De ahí que existan grupos cansados del desempleo, de la inflación y del predominio burgués, que encuentran en los valores marciales, la camaradería de los guerreros y la emoción de la acción y la violencia, un atractivo en el discurso fascista que habla del orden, la disciplina y el llamado a la gloria nacional, para reconstruir el Imperio Romano. Muchas veces la prensa contribuye a todo esto, como en el caso de las crisis con Yugoslavia, o con las sanciones de la Sociedad de las Naciones, manipulando a la opinión pública con su tono belicista y chauvinista. Los sectores industriales estaban interesados en mantener su autonomía dentro del régimen, por eso la autarquía era defendida. El sistema corporativo asegura los intereses de cada grupo de poder, por ello una política imperialista implicaba abrir la puerta a la movilidad social y a la competencia económica.

Para finalizar, podemos señalar que la política externa italiana, y su renovado imperialismo, estaba fundada en un pragmatismo dependiente del gobierno, que varía de aliados sin tener una cabal concepción de lo que ello implica, solo el oportunismo y la negociación importan. Tampoco hubo una consideración de los recursos con que se cuenta para llevarla adelante, pues la economía no podía afrontar una guerra prolongada y era muy difícil que su dependencia de recursos externos pudiese ser remediada. Sus Fuerzas Armadas eran incapaces de asegurar los accesos marítimos y de ocupar lugares estratégicos, que dieran acceso a materias primas e insumos. La población disfrutaba de la propaganda sobre la superioridad italiana, y hasta aprobaba la incursión en Etiopía, pero luego de la experiencia de la Gran Guerra, no simpatizaba con alianzas o acuerdos que llevasen a entrar en un conflicto armado, que les parecía ajeno.

El sentimiento pacifista era compartido por el pueblo y los gobiernos de las democracias occidentales europeas, “pero lo que debilitó la determinación de las principales democracias europeas, Francia y Gran Bretaña, no fueron tanto los mecanismos políticos de la democracia como el recuerdo de la primera guerra mundial. El dolor de esa herida lo sentían tanto los votantes como los gobiernos, porque su impacto había sido de extraordinarias proporciones y de carácter universal. Tanto para

Séptimas Jornadas de Medio Oriente

Francia como para Gran Bretaña las pérdidas humanas (aunque no materiales) fueron mucho mayores que las de la segunda guerra mundial. Había que evitar a cualquier precio una nueva guerra de esas características. La guerra había de ser el último de los recursos de la política^{xxxii}. Pero el prestigio y las necesidades internas de Mussolini marcan el ritmo a seguir.

BIBLIOGRAFIA

- Barbero, María, Saborido, Jorge, Berenblum, Rubén, López Nadal, Gonçal y, Ojeda, Germán: **Historia económica mundial del paleolítico a internet**. Buenos Aires, Emecé, 2007.
- Fieldhouse, David: **Los Imperios coloniales desde el siglo XVIII**. Historia Universal. Madrid, Siglo XXI Editores, 1984, Volumen 29.
- Hobsbawm, Eric: **Historia del siglo XX**. Barcelona, Crítica, 1995.
- Kennedy, Paul: **Auge y caída de las Grandes Potencias**. Barcelona, Plaza & Janes, 1991.
- Nolte, Ernst: **La guerra civil europea, 1917-1945. Nacionalsocialismo y bolchevismo**. México, Fondo de Cultura Económica, 1996.
- Parker R.A.C.: **El siglo XX. Europa 1918-1945**. México, Siglo XXI Editores, 1991, Historia Universal, Volumen 34.
- Renouvin, Pierre: **Historia de las relaciones internacionales**. Madrid, Editorial Aguilar, 1964, Tomo II.
- Sartí, Roland: **Fascismo y Burguesía Industrial. Italia 1919-1940**. Barcelona, Editorial Fontanella, 1973.
- Vicens Vives, Jaime: **Historia General Moderna**. Barcelona, Montaner y Simón, S.A., 1979, Volumen 2.

NOTAS

ⁱProfesor de Historia en el Colegio San José, Tandil. Profesor de Ciencias Políticas. Profesor del Instituto Superior de Formación Docente n° 10.

ⁱⁱProfesor de la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Humanas, Carrera Relaciones Internacionales.

ⁱⁱⁱE. Hobsbawm, **Historia del siglo XX**, p. 133.

^{iv}D. Fieldhouse, **Los Imperios Coloniales desde el siglo XVIII**, pp. 189-190.

^vJ. Vicens Vives, **Historia General Moderna**, pp. 497-498.

^{vi}E. Hobsbawm, op. cit., p 124.

^{vii}R.A.C. Parker, **El Siglo XX. Europa, 1918-1945**, pp. 156-184.

^{viii}Ibídem, pp. 98-102.

^{ix}Ibídem, pp. 293-382.

^xP. Renouvin, **Historia de las relaciones internacionales**, tomo II, pp. 874-877.

^{xi}Ibídem, pp. 983-986.

^{xii}P. Kennedy, **Auge y caída de las grandes potencias**, pp. 356-357.

Séptimas Jornadas de Medio Oriente

^{xiii}Según Ernst Nolte, “Mussolini opinaba que podía pedir un alto precio a las potencias occidentales a cambio de su colaboración: la tolerancia de éstas hacia su intención de convertir a Italia en una gran potencia colonial de acuerdo con el ejemplo dado por sus interlocutores, por medio de la conquista de Etiopía que desde 1923 pertenecía a la Sociedad de las Naciones y por lo tanto gozaba de la protección de la seguridad colectiva”. E. Nolte, **La guerra civil europea, 1917-1945. Nacionalsocialismo y bolchevismo**, p. 225.

^{xiv}P. Kennedy, op. cit., pp. 366-374. Además en el extranjero se ponderaba la acción gubernamental, la planificación “corporativa” que evitaba las luchas entre el trabajo y el capital, y el discurso antibolchevique, pero como señalan varios autores, “lejos de concretarse como un intento de buscar el equilibrio de los diferentes sectores socioeconómicos, el sistema estaba dirigido hacia la consolidación de un grupo dirigente, supuestamente independiente de las fuerzas contendientes en la sociedad y el mercado. El mantenimiento del poder económico en manos del capitalismo tradicional tuvo como contrapartida la dependencia cada vez mayor respecto del Estado, situación que se agudizó a partir del desencadenamiento de la crisis de los años treinta. La presencia de instituciones estatales destinadas al sostenimiento de los bancos con problemas e incluso orientadas hacia la financiación de las empresas industriales afectadas por la caída de los precios constituyen una muestra de esa dependencia”. M. Barbero, J. Saborido, R. Berenblum, G. López Nadal y, G. Ojeda, **Historia económica mundial del paleolítico a internet**, p. 294.

^{xv}Al respecto, Eric Hobsbawm, señala que el fascismo presentaba ventajas para el capital que otros regímenes no tenían: “En primer lugar, eliminó o venció a la revolución social izquierdista y pareció convertirse en el principal bastión contra ella. En segundo lugar, suprimió los sindicatos obreros y otros elementos que limitaban los derechos de la patronal en su relación con la fuerza de trabajo. El ‘principio de liderazgo’ fascista correspondía al que ya aplicaban la mayor parte de los empresarios en la relación con sus subordinados y el fascismo lo legitimó. En tercer lugar, la destrucción de los movimientos obreros contribuyó a garantizar a los capitalistas una respuesta muy favorable a la Gran Depresión. (...) Finalmente, ya se ha señalado que el fascismo dinamizó y modernizó las economías industriales, aunque no obtuvo tan buenos resultados como las democracias occidentales en la planificación científico-tecnológica a largo plazo”. E. Hobsbawm, op. cit., p. 135.

^{xvi}P. Kennedy, op. cit., pp. 416-428.

^{xvii}R. Sartí, **Fascismo y Burguesía Industrial. Italia 1919-1940**, pp. 15-20.

^{xviii}Ibidem, pp. 161-165.

^{xix}Ibidem, pp. 149-159.

^{xx}Ibidem, pp. 176-186.

^{xxi}“A fines de octubre de 1940 Mussolini atacó Grecia movido sólo por ambiciones frustradas, sin antes consultar con Hitler; esto le costó una derrota inesperada en la zona fronteriza de Albania. Al mismo tiempo, las tropas italianas se mostraron incapaces de sostenerse en el norte de África, lo que aumentó considerablemente la confianza de los ingleses e hizo inevitable la intervención por parte de Alemania. De esta manera, se puso de manifiesto que Italia ya no era el aliado del Eje más pequeño, sino más bien uno de los estados satélite de Alemania y auxiliar de ésta”. E. Nolte, op. cit., p. 301.

^{xxii}E. Hobsbawm, op. cit., p. 157.